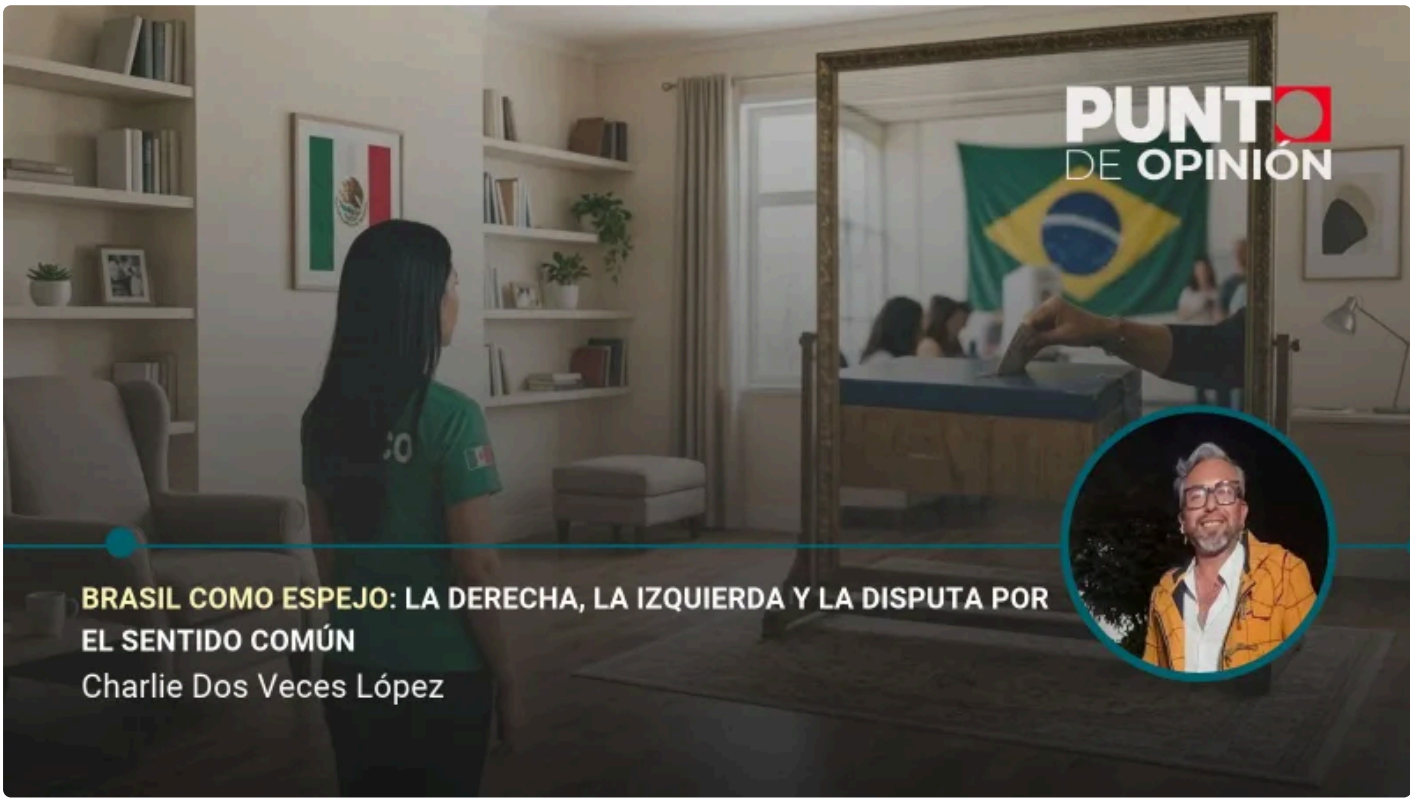
OPINIÓN

Brasil como espejo: la derecha, la izquierda y la disputa por el sentido común

Por Charlie Dos Veces López · 6 de octubre de 2026 · 5 min de lectura



Apuntes para una Latinoamérica más justa y libre

Los resultados preliminares de las elecciones presidenciales en Brasil deben alertarnos en varias dimensiones. Y con mayor razón a quienes buscamos una Latinoamérica más justa y libre. El avance de las derechas es claro y contundente. No se trata sólo de un dato electoral, es la expresión de un fenómeno más profundo que exige análisis, conciencia colectiva y una respuesta impostergable.

Lo primero que hay que reconocer es que **no estamos ante una derecha improvisada**. Hay una derecha que opera de manera sistemática e incesante, que ha convertido el ataque ideológico y el terrorismo moral en métodos de intervención política. Su estrategia no depende de la coherencia programática, sino de la capitalización del odio. Construye enemigos comunes para consolidar eso que llama “la gente de bien”: un bloque conservador y antiderechos que defiende antivalores excluyentes, discriminatorios y violentos.

Ese bloque no solo critica a las izquierdas. Va más allá: **busca profundizar la división social, cultural y moral**. Polariza para gobernar, moraliza la desigualdad y convierte el resentimiento en identidad política. Su fuerza no reside únicamente en sus candidatos, sino en su capacidad de instalar un sentido común donde el otro —el pobre, el migrante, la mujer que decide, el disidente sexual, el activista ambiental, el intelectual crítico— aparece como amenaza.

Un capítulo central de esta operación es el **uso instrumental de la religión**. Mensajes ideológicos que tergiversan elementos del cristianismo sirven para encubrir un repudio al avance de derechos y a los grupos que están rompiendo brechas históricas de desigualdad. Pero sería un error reducir todo el campo religioso a esa manipulación. La izquierda no debería regalarle lo religioso a la derecha. Existen cristianismos populares, liberales y de base que pueden ser aliados en la defensa de la vida, la justicia y la dignidad, porque tenemos claro que la disputa no es contra la fe, sino contra el uso político de la fe para disciplinar el voto y naturalizar la exclusión.

Frente a este panorama, **nos enfrentamos a una izquierda desorganizada**, que no ha sido capaz de desmenuzar sus valores para que puedan ser interiorizados por los sectores que son víctimas del ataque ideológico de las derechas y que, al mismo tiempo, son la prioridad de los gobiernos de izquierda. Moviliza grandes cantidades de población en momentos decisivos, pero no logra traducir esa energía en conciencia cotidiana sobre el peligro de votar por las derechas. No se trata sólo de la pérdida de programas sociales, pues está en juego el futuro de la humanidad, la democracia, los derechos, la convivencia y la posibilidad misma de un planeta dignamente habitable.

Hay, además, un **problema de lenguaje y de organización**. La izquierda habla en códigos que muchas veces no conectan con la vida material y cotidiana de la gente. No basta con tener razón programática. Si un gobierno mejora indicadores, pero la población siente inseguridad, inflación, desorden o distancia con la política, la derecha capitaliza ese malestar. La izquierda moviliza en elecciones, pero no sedimenta organización permanente en sindicatos, barrios, iglesias, colectivos, redes territoriales. Sin esa base, **cada elección se vuelve una emergencia y no una correlación de fuerzas estable**.

A esto se suma el **purismo de ciertos sectores radicales que juegan el papel de fariseos** de la izquierda. Llaman a no votar por las izquierdas partidistas por considerarlas impuras o no merecedoras de esa categoría política. Criticar a los gobiernos de izquierda es necesario; todas y todos reconocemos que la autocrítica es indispensable, pero convertir esa crítica en abstención o en “no votar por nadie” puede ser funcional a la derecha. La pureza sin mayoría es rasgarse las vestiduras, no transformación, pues la política es disputa de mayorías, no certificación moral.

Eso no significa renunciar a principios. Significa entender que votar por las derechas no puede ser jamás una opción estratégica para quienes buscan justicia social. En términos democráticos, es una opción legal. En términos históricos, suele ser un error que se paga caro donde la tarea no es sólo ganar una elección, sino reconstruir un bloque social y cultural capaz de hacer inviable cualquier proyecto antiderechos.

¿Qué implicaría eso? Construir frentes amplios, no sectas puras; traducir los derechos al lenguaje cotidiano; disputar el campo religioso sin anticlericalismo; organizar permanentemente, no sólo en campaña. Se trata de hacer autocrítica real de los gobiernos de izquierda sin entregar el poder a la derecha, no de responder al odio con odio, pero tampoco con neutralidad ante proyectos que excluyen, discriminan y violentan. Disputar palabras que la derecha secuestró, como familia, seguridad, trabajo, fe, patria, bienestar y hacerlo con propuestas concretas, no sólo con denuncias.

Brasil nos interpela. Lo que ocurre allí no es un episodio aislado; se trata de un espejo de lo que puede repetirse en México y la advertencia es clara. Una Latinoamérica más justa y libre no se construye sólo con discursos incendiarios, sino con organización, humildad, amplitud y raíces. La izquierda que no traduce, que no organiza y que se divide en purezas imposibles deja el camino libre a quienes capitalizan el odio y la urgencia de la época a la que asistimos no admite postergación.

Publicado en Punto de Referencia. Dirección original: https://puntodereferencia.mx/opinion/brasil-como-espejo-la-derecha-la-izquierda-y-la-disputa-por-el-sentido-comun
Descargado el 21 de noviembre de 2026.